

la duración del Colegio de Tlatelolco; pues mientras generalmente se cree que concluyó en el mismo siglo xvi, encontramos en el año de 1734, entre los Colegios que concurrieron á los funerales del virrey marqués de Casa-Fuerte, al imperial de Santa Cruz, de indios nobles caciques, con mantones azules y becas blancas.

México, Enero 1902.

ALFREDO CHAVERO,
Correspondiente.

V.

HISTORIA DE LOS CELTAS. SUS FUENTES LITERARIAS.

Cours de Littérature celtique par H. D'Arbois de Joubainville, Membre de l'Institut. Tome xii. Principaux auteurs de l'Antiquité à consulter sur l'histoire des Celtes depuis les temps les plus anciens jusqu'au règne de Théodose I^{er}.—En 8.^o, pág. xvi + 344. Paris, 1902.

Distribuída en veintiuna lecciones, comprende esta obra el resumen crítico de las fuentes literarias, que pueden servir al estudio histórico de los celtas. Es didáctica, como lo indica su título, severa y sobria; donde el arte, harto difícil de combinar la brevedad con la claridad, no presenta mayor atractivo que el de la rígida exactitud y el de la proporción metódica. Bueno sería que la lectura, y aun la traducción de este libro se difundiese en España, toda vez que tanto se ha divagado y fantaseado acerca de la historia, distribución geográfica, lengua, religión, costumbres y monumentos de los celtas y celtíberos que los cartagineses y romanos hallaron establecidos en nuestra Península. Lo primero que importa es no creer de ligero ni tomar de segunda mano el testimonio del autor que se cita, distinguir el tiempo en que escribió y pesar las razones que militan en pro ó en contra de la verdad y veracidad de su aserto, siendo, por último, de suma gravedad para todo recto juicio el momento crítico resultante de la comprensión atenta, imparcial y profunda de todo cuanto sa-

bemos que aseveraron los autores antiguos, contradiciéndose, no rara vez, acerca de los sucesos que narraron, ó de la perspectiva más ó menos lejana en que los vieron. Solo á este precio y con arduo afán la historia de los celtas hasta el declive del imperio romano se puede y debe asentar sobre la base inmóvil de su realidad objetiva.

La distribución de autores por materias de que trataron, no es la más á propósito para la síntesis general que preside á la constitución y evolución metódica de semejante estudio. En la *Introducción* de su libro, M. D'Arbois de Joubainville hace notar los inconvenientes grandísimos que se tocan bajo este concepto en la obra clásica de Dom Bouquet, *Rerum gallicarum et francicarum scriptores*. Reimpresa por M. Léopold Delisle, esta obra se divide en tres partes, que abarcan, la primera á los historiadores, la siguiente á los géógrafos, y la postrera á los demás, conviene saber, filósofos, oradores, poetas, etc. De igual defecto adolece el plan adoptado así por Edmundo Cougny en sus *Γαλλικῶν συγγραφεῖς ἑλληνικοί*, como por los sabios ingleses Henry Petrie y Thomas Duffus Hardy en sus *Monumenta historica Britannica*. Es verdad que estas publicaciones han intentado conservar dentro de cada sección el orden cronológico; pero no siempre lo han observado por no estar al nivel de la moderna crítica biográfica y bibliográfica. El sistema ejemplar y bien encaminado es el de la *Bibliotheca hispana, vetus et nova*, de Nicolás Antonio, la que en menor escala siguieron las *Historicorum romanorum reliquiae* y los *Fragmenta historicorum graecorum* en las ediciones de 1870 y 1874 respectivamente; las cuales, no obstante, han dejado no poco que desear, retrasando, por ejemplo, los fragmentos supervivientes de las obras de Hecateo de Mileto, autor de fines del siglo vi antes de Jesucristo, al tiempo de su colector, Hermolao, que los compiló en el siglo vi de Jesucristo ú once siglos después de su redacción primitiva. A M. D'Arbois de Joubainville cabe la honra de haber sintetizado el curso de sus lecciones, acomodándolo á la evolución de los tiempos.

En este breve informe solamente he de apuntar algo de la porción de este libro, relativa á los celtas de la península ibérica.

La lengua céltica, rama indubitable del tronco aryo, no ha

muerto. Vive aún y se conserva floreciente y lozana en la Bretaña francesa, en Escocia, en Irlanda y en el país de Gales. Su rica literatura, á la que M. D'Arbois de Joubainville ha consagrado largos años de cultivo doctísimo (1), se ennoblece con infinitas preces de nombres y giros gramaticales, acreditados por las inscripciones del orbe romano, diseminadas en España, Inglaterra, las Galias, Italia, las regiones del Danubio y la Galacia asiática. El conocimiento íntimo de este idioma se traba con el del vocablo *κασσίτερος* (estaño), que no es griego por su origen, ni dimanó del monte Casio, sito en el litoral oceánico de la Bética, como lo fantaseó Avieno (2). Nueve veces aparece este nombre en la *Iliada*, y de su estructura gramatical arguye M. D'Arbois de Joubainville (3) que de conformidad con la historia de la primitiva explotación y exportación de este metal, estaban ya pobladas en tiempo de Homero por los antiguos celtas (*Goidels*) las islas Británicas, que por aquella razón tomaron el nombre de Casitérides (4). Homero escribió su *Iliada* unos nueve siglos antes de Jesucristo. Bien es verdad que en la *Odisea* no se nombra el estaño (*κασσίτερος*); pero sí, tres veces, el ámbar (*ήλεκτρον*), que provenía de la costa meridional del Báltico. Tanto aquí, como al Norte de la Gran Bretaña, se verificaba el fenómeno de ser la noche brevísima du-

(1) *Cours de Littérature celtique*, tomos I-XII. París, 1883-1902. — *Les premiers habitants de l'Europe*, tomos I, II, París, 1889, 1892. — *Essai d'un catalogue de la Littérature épique de l'Irlande*, précédé d'une étude sur les manuscrits en langue irlandaise conservés dans les îles Britanniques et sur le continent. París, 1883.

(2) *Ora marit.*, 259, 261.

(3) «Dans tous ces passages l'étain s'appelle *κασσίτερος*, et, comme l'a fait observer M. Salomon Reinach, ce mot paraît celtique: c'est un comparatif d'un thème *cassi*, attesté par des nombreux textes gaulois... L'étain employé en Europe et dans tout le bassin de la Méditerranée pendant l'antiquité, paraît avoir été originaire de Grande-Bretagne et apporté dans le bassin de la Méditerranée par le commerce phénicien.» Pág. 5.

(4) «Les auteurs de l'antiquité par lesquels nous l'apprenons, c'est-à-dire Strabon et Diodore de Sicile croient distinguer des îles Britanniques les îles de l'étain, et attestent par là l'incapacité avec laquelle ils font usage de leurs sources qui dans leurs écrits ont seules une valeur: trouvant deux noms différents, *Κασσιτέριδες* et *Βρετανική*, ils s'imaginent qu'il s'agit de deux pays distincts et ils ne comprennent pas que l'île *Βρετανική* est une des *Κασσιτέριδες*.» Pág. 6.

rante el verano, siendo muy corto el intervalo de los crepúsculos de la tarde y de la mañana, como lo canta la *Odisea* (x, 86) hablando de la región, que llama de los *Lestrigones*:

Ἐγγὺς γὰρ νυκτὸς τε καὶ ἡματὸς εἰσι κέλευθοι.

M. D'Arbois de Joubainville opina que esta región era la Gran Bretaña (1); mas por lo visto, no falta razón para creer fuese la del ámbar, que habían poseído los Lígures septentrionales, y de la que, al decir de Avieno (2), fueron expulsados á mano armada por la invasión de los celtas, cuyo nombre en el siglo VII antes de la era cristiana era desconocido á los autores griegos.

Hecateo de Mileto, que á fines del siglo VI se pasó al servicio de Darío Histaspes, es el primer escritor de aquella nación, que habla de los celtas establecidos en el continente europeo. Para complacer al monarca persa que dominaba en Susa trazó Hecateo sobre un escudo de bronce el mapa del orbe entonces conocido, rodeado por el gran *rio* Océano. En este mapa, toda la costa del Mediterráneo desde el Pirineo hasta los Alpes se denominaba Λιγυστική (*Ligústike*); y encima de esta región hacia el Boreas aparecía la Κελτική (*Kéltike*), surcada por los grandes ríos que desembocan en el Atlántico.

Por no hacer á nuestro propósito, me excuso de seguir á monsieur D'Arbois de Joubainville en su atenta disquisición sobre las teorías de los autores griegos Aristeo de Proconeso, Damastes de Sigea, el trágico Esquiles y Helánico de Lesbos, que se colocan entre Hecateo y Heródoto. Compuso éste su admirable obra *hacia el año 442*, antes de Jesucristo; y entonces, ó no mucho antes, cumple fijar la entrada en España de los celtas, ó galos, que franqueando los puertos del Pirineo y dando su nombre á los ríos *Gállego*, afluente del Ebro, y *Gallo*, tributario del Tajo, ocuparon la Celtiberia, propiamente dicha, y mezclaron, no solamen-

(1) «Ce pays des Lestrygons aux longues journées et presque sans nuit, c'est la Grande Bretagne.» Pág. 10.

(2) *Ora marit.*, 112, 119.

te el habla, sino también su sangre con la de los iberos, según lo cantó nuestro Lucano (1):

His praeter Latias acies erat impiger Astur,
Vettonesque leves, profugique a gente vetusta
Gallorum Celtae miscentes nomen Hiberis.

Desde la sierra del próximo Guadarrama, donde fundaron la ciudad de Segovia, los celtas de Iberia, oriundos de las Galias, se partieron en dos ramales, uno boreal y otro meridional, que más tarde habían de distinguirse del celtibérico estrictamente dicho, llamándose el primero *gallego* desde el Duero hasta el mar Cantábrico, y el segundo *betúrico* por su proximidad al Bétis ó Guadalquivir. El parentesco y común origen de las tres ramas célticas, que á partir de la segunda mitad del siglo v antes de Jesucristo, arraigaron en la Península y constituyeron una fase histórica anterior á la cartaginesa y posterior á la fenicia, es incuestionable. Las invasiones griega, cartaginesa y romana coartaron la dominación de tan generosa estirpe en nuestro suelo; y la transformación de religión, idioma y costumbres que en ella obraron ha de tenerse muy en cuenta para explicar el sentido y desvanecer los errores de los textos escritos en diferentes épocas. En tiempo de Heródoto, los celtas de España, siguiendo el curso del Guadiana, se habían dilatado hasta el territorio de los Cineses, allegados al cabo de San Vicente.

Una lección entera dedica M. D'Arbois de Joubainville á demostrar cómo estaba España políticamente constituída y etnológicamente distribuída poco antes de que á ella viniesen los celtogalos. Del catálogo de Varrón, infiere que aquella venida aconteció después que los fenicios se habían sometido á los persas, sumisión que hicieron ú observaron durante dos centurias (2). A la verdad el monopolio de la navegación fenicia sobre nuestras

(1) *Pharsal.* vi, 8, 10.

(2) Pendant deux siècles, de 530 environ à 332, les phéniciens furent sujets des perses et par conséquent la domination phénicienne dans la péninsule ibérique, vers l'année 500, à la fin du sixième siècle et au commencement du cinquième, a été la domination des perses. Varron est dans le vrai quand, après les Ibères, dans sa liste des maîtres de la péninsule, il met: *et Persas et Phoenices.*» Pág. 32.

costas del Atlántico es mucho más antiguo, como lo demuestra la riqueza y copia del estaño, que en el siglo ix exportaba de las islas Británicas y difundía por el Mediterráneo y el mar Rojo, hasta el extremo Oriente; pero esto no impide reconocer que cobró mayor auge á la sombra del colosal imperio de los persas, que ambicionó el universal dominio de Europa y de todo el mundo por tierra y mar, como harto lo declaran las guerras Médicas. Estrabón (1), que coloca el dominio de los celtas sobre España entre la prepotencia de los fenicios y cartagineses, olvidándose de los persas, no contradice á Varrón, pero no fué tan explícito.

Para demostrar que los celtas no habían penetrado en nuestra península, hacia el año 500, antes de J. C., alega M. D'Arbois de Joubainville el periplo del cartaginés Himilcón, escrito por ese tiempo. Es indubitable la autenticidad de este documento, cuyos fragmentos han conservado Eratóstenes, Dionisio Periegete y Avieno. Probándolos con la piedra de toque de la realidad histórica y geográfica encontramos siempre fidedignos los datos que notó en su diario de viaje el intrépido navegante cartaginés (2):

Tartesiis in terminos Oestrumnidum
 Negotiandi mos erat; Carthaginis
 Etiam colonis, et vulgus, inter Herculis
 Agitans columnas, haec adibant aequora,
 Quae Himilco Paenus mensibus vix quatuor,
 Ut ipse semet rem probasse retulit,
 Enavigantem posse transmitti adserit.

Para encontrar á los celtas del continente europeo, nombrados por el periplo de Himilcón hacia el año 500, antes de J. C., hay que trasladarse desde las islas Británicas á las costas del mar del Norte orientales del Rin (3). M. D'Arbois de Joubainville supone que esta región es la que dije del ámbar, y niega que tan preciosa resina se cosechase en el valle del Po (4), dominado por los

(1) III, 4, 5.

(2) *Ora marit.*, 95-98.

(3) Avieno, *ibid.*, 113-119.

(4) «On n'a jamais récolté d'ambre dans la vallée du Po», pág. 40.

Lígures; en lo cual opino que padece equivocación (1), pudiéndose por cierto conjeturar que las avenidas célticas no habían llegado entonces hasta el Mediterráneo, pero habían cubierto el Norte y el centro de las Galias, acorralando á los Lígures y preparándose á salvar los pasos del Pirineo con intención de penetrar en la Iberia. Siguiendo el derrotero de Himilcón sobre el Atlántico á lo largo de nuestra península, M. D'Arbois de Joubainville observa que se notan:

1.º Los Tartesios y Cilbicenos, colocados éstos al lado de aquéllos. Un as romano de esta región ofrece la del promontorio de Calpe, con la leyenda CILPE entre dos espigas (Hübner, *Monumenta linguae Ibericae*, núm. 182).

2.º Los Cinetes en la cuenca del Guadiana, que cogían toda la banda meridional del Algarbe. Son los Κυνήσιοι de Heródoto.

3.º Los cempsos, Κέμψοι de Dionisio Periegete. Procedentes, á lo que parece, del Africa, se extendieron por España en dirección contraria á la que después tomaron los celtas. Estos, en tiempo de Heródoto, ocuparon, respecto de los cinetes, la comarca que había sido de aquéllos. Arrojadados de la isla de *Cártare* (Saltes enfrente del río y de la villa de Cartaya), su primer establecimiento, llegaron los cempsos á poblar hasta el extremo boreal de la península al pie del Pirineo, y dieron quizá su nombre y su idioma (éuscaro?) á la región de Guipúzcoa (2), según lo insinúa Avieno (3):

Hic Hispanus ager, tellus ibi dives Hiberum
Tartessusque super attollitur; indeque Cemsi
Gens agit in rupis vestigia Pyrenaeae
Protendens populos.

4.º Los Saefes al otro lado del río Ophiusa (Tajo?). Su distrito

(1) Véase el tomo x del BOLETÍN, páginas 449-458.

(2) «Le territoire des Cempses n'était peut-être pas complètement identique à celui des Celtes. Les cempses touchaient l'Atlantique au nord de l'Algarve, et peut-être aussi en Guipuzcoa». Pág. 45.

(3) Avieno, *Orbis terrae*, 479-482.

se terminaba (1) por la isla y gran puerto de Petanio (Betanzos é isla de Mourón?):

Cempsi atque Saefes arduos colles habent
 Ophiussae in agro; propter hos pernix Ligus
 Draganumque proles sub nivoso maxime
 Septemtrione conlocaverant larem.
 Paetanium autem est insula ad Saefum latus
 Patulusque portus.

Su primer establecimiento parece haber sido el de *Saepo*, cerca de Cortes, en la provincia de Málaga (2).

5.º Los Lígures (de la provincia de Lugo?).

6.º Los Dráganos (*Autrigones* de Mela, Plinio y Ptolemeo?). Lo cierto es que tanto los Dráganos como los Lígures moraban en la costa del mar Cantábrico, que no tardó en ser invadida por los Berones, salidos de la Celtiberia.

Todas estas gentes, á distinción de la céltica, con las que se combinaron ó amalgamaron, fueron comprendidas en épocas posteriores bajo el nombre de ibéricas. Desgraciadamente el texto de Himilcón se ha perdido casi por entero; y las consecuencias que de su noticia deduce M. D'Arbois de Joubainville fluctúan en la penumbra que no podremos despejar sino es á viva fuerza de constante aplicación y atinado estudio.

Equivocóse Heródoto confundiendo los Alpes con los Pirineos, y creyendo que el *Ἰστρος* (Danubio), naciendo de la ciudad *Pyrene*, atravesaba desde este punto la Céltica sin parar hasta el Mar Negro. Las noticias erróneas que sobre este punto recogió, hallándose en Grecia y en el Sur de Italia, demuestran que no eran todavía, á mediados del siglo v, frecuentes y concretas las relaciones de aquellos países con el centro de Europa.

En el siglo iv antes de Jesucristo las nociones geográficas é históricas, que atañen á los celtas é iberos, se van esclareciendo más y más, en el campo de la literatura, con las obras de Jenofonte, Platón, Aristóteles, Escílax, Eforo y Teopompo. La histo-

(1) *Ora marit.*, 195-199.

(2) Hübner, *Corpus inscriptionum latinarum* vol. II, núm. 1340, 1341.

ria, terminada por Jenofonte en el año 362, refiere que Dionisio, tirano de Siracusa, envió dos veces á los lacedemonios tropas auxiliares de celtas é iberos. Al decir de Eforo, los celtas poseían á mediados de aquel siglo casi toda ó la mayor parte de la península ibérica, habiéndose adelantado hasta las cercanías de Cádiz; de lo que parece ser buen testimonio la bética *Saguntia*, hoy Jigonzá (1), que domina á Cádiz sobre la vía de Medinasidonia á Jerez de la Frontera. En balde objetó Estrabón á Eforo que no se ve cómo los celtas hubiesen logrado extenderse tanto por España, porque muy bien esto lo explica quienquiera que recuerde los embates que soportaron de Cartago y de Roma.

Con el predominio que dió á la Hélade el genio de Alejandro Magno, la Geografía y la Historia cobraron poderoso vuelo así en Occidente como en Oriente. La focense Marsella destacó á dos de sus más intrépidos cosmógrafos y navegantes hacia el Atlántico; Eutímenes que dió la vuelta al África por el Cabo de Buena Esperanza, y debió regresar por el canal de Seti que enlazaba el mar Rojo con la cúspide del delta del Nilo; y Piteas que está al frente de tantos exploradores como han ido y van ahora ganosos de franquear la barrera de hielo que separa el mundo habitable del polo boreal. Hacia el año 320 antes de Jesucristo, Piteas emprendió su viaje al terminarse el invierno; en cinco días llegó al cabo de San Vicente, y prosiguiendo su ruta hasta el Norte á lo largo de la costa occidental de nuestra península dobló los de Finisterre, Ortegal y Estaca de Vares, notando que la navegación á lo largo del golfo Cantábrico se le hacía mucho menos difícil. Desde la bahía de Douarnénez, entre Quimper y Brest, ó de la próxima isla de Ouesant (Ούξισάμη) enderezó el rumbo hacia el cabo Βελέριον, ó Finisterre de Cornualles; y luego exploró las islas llamadas por él *Περαινας*, que son las *Oestrymnides* de Himilcón; rodeó la Gran Bretaña, empezando por la banda meridional, que bordeó hasta Κάντιον. Aquí viró de rumbo y bordeó más de 20.000 estadios, que son 2.500 millas romanas, ó unos 3.540 kilómetros, para llegar al Dunnet Head ó cabo septentrional de la isla que dió su

(1) Véase el tomo XXIX del BOLETÍN, pág. 364.

nombre á las Orcades. Llegóse á ellas, y aun á las de Shetland, tocando en la última Thule sobre el grado 61, y regresó por el canal de las Hébrides y el que separa la Inglaterra de Irlanda; y volviendo á recorrer el canal de la Mancha, se lanzó á la descubierta más allá del desagüe del Rin y del Elba costeano la Jutlandia. Créese que penetró en el Báltico, y que desde una de sus islas que nombró Βασίλεια (Gothland?) ó *Reina*, se enteró de cómo las olas ponían en descubierta el ámbar en la península de Sandland entre Königsberg y Memel, con tanta abundancia (1) que los indígenas lo quemaban, mezclándolo con los restos de las florestas, ó lignitos del terreno terciario, que lo habían producido.

El término de la navegación de Piteas hacia el cabo septentrional del continente europeo, nos es conocido por Estrabón (2): *πάσαν ἐπέλθοι τὴν παρωικαντικὴν τῆς Ἑυρώπης ἀπὸ Γαδείρων ἕως Ταναΐδος*. Es el cabo Norte, ó mejor dicho, el río *Tana*, que separa el Finmark noruego de la Laponia rusa, y desemboca en el Océano glacial.

Tamaño arrojó de un cosmógrafo marino marsellés, equiparable por muchos conceptos á Cristóbal Colón, no ha de sorprendernos, si nos trasladáremos á los días de Alejandro Magno, cuyas relaciones de alianza y amistad con los celtas (años 335 y 323 a. de J. C.), expone críticamente M. D'Arbois de Joubainville (3). Dueño del Egipto y de todo el poder naval de los fenicios, el joven conquistador del imperio persa, al paso que avasallaba debajo de su cetro el Oriente, no perdía de vista el Occidente; y dicho se está que la marina griega, fraternizando con la fenicia, no había de leer el *non plus ultra* en las columnas de Hércules.

(1) «Pytheas Gutonibus adcoli aestuarium, Mentonomon nomine, ab Oceano spatium stadiorum sex millium, ad hoc diei navigatione abesse insulam Abalum; illo per ver fluctibus advehi (electrum) et esse concreti maris purgamentum, incolas pro ligno ad ignem uti eo, proxumisque Teutonis vendere.» Plinio, xxxvii, 35.—Los Godos (*Guttones*) dejaron su nombre á la Gothia de Suecia, donde entonces habitaban. La longitud de seis mil estadios, ó de 750 millas romanas, parece que debe contarse desde el extremo septentrional de Dinamarca hasta el del Golfo de Botnia sobre las riberas del *aestuarium* que baja por el Sund y los Beltes para formar el Báltico. Plinio redujo la isla *Basilía* de Piteas á la *Balcía* (Escandinavia?, que Jenofonte Lampsaceno dijo ser de inmensa magnitud; pero tratándose de tan remotas edades y tan lejanas regiones. La autoridad de Plinio no es decisiva.

(2) II, 4, 1.

(3) Pág. 79-80.

Un siglo más tarde, Eratóstenes, bibliotecario de Ptolemeo III Evergetes, cuando la pujanza de los celtas y de los griegos al Sur de las Galias y de España más y más descendía ante la rivalidad de los romanos y cartagineses, se propasó á poner tacha en el relato de Piteas, negando que hubiese ido en su viaje más allá del Rin fronterizo á la Gran Bretaña. Polibio y Estrabón, finalmente, dejándose llevar de aviesa y errónea opinión, lo desacreditaron por completo; pero ha resucitado ya de la injusta postración en que se veía.

Las colonias de Marsella, que hacia el año 15 de la era cristiana se tendían sobre el Mediterráneo aquende de los Pirineos y conservaba su tipo helénico influido por el iberocéltico y el romano, eran, al decir de Estrabón, 'Ρυδόπη (Rosas), 'Εμπόριον (Ampurias), 'Ημεροσκοπεῖον (Denia), Μαινάκη (Almuñécar), y otra entre estas dos últimas que debe ser 'Αλωναί (villa é isla de Benidorm?). Mas de aquí no se infiere que semejante colonización deba excluirse totalmente de nuestras riberas del Atlántico, ó que rezase con ella el *non plus ultra* de las columnas de Hércules. Plinio afirma rotundamente que toda la península del Grove, entre el Miñor y el Miño, de la provincia de Pontevedra, estaba ocupada en su tiempo por pueblos de estirpe griega: *graecorum soboles omnia*. Posidonio, maestro de Cicerón, afianza por varios puntos semejante establecimiento de los focenses marselleses sobre la costa del mar Cantábrico. Posidonio recorrió la Céltica, tanto en España como en las Galias, y los libros históricos que escribió son mucho mejor que los de Polibio, fundamento y espejo de la verdad, como lo advierte M. D'Arbois de Joubainville (1). Los 52 libros de su historia, desgraciadamente perdidos, y de los que nos han llegado algunos fragmentos, discurrían desde el año 145 hasta el 82, antes de la era cristiana. Casi todo lo que notaron Julio César y Estrabón acerca de la religión, régimen interior y costumbres de

(1) «Comme Polybe, son prédécesseur, Poseidonios a tenu à connaître l'Europe occidentale, tant l'Espagne que la Gaule transalpine; nous savons par exemple qu'il a passé trente jours à Cadix, mais il ne s'est pas contenté de visiter les villes maritimes qui faisaient partie du monde alors civilisé et de voyager comme Polybe à la suite des armées romaines dans le cortège des généraux vainqueurs.» Páginas 180 y 181.

los celtas de nuestra Península y de las Galias se debe á Posidonio. En sus grandes festines hacían los galos circular en ancha copa el vino de Marsella, porque ellos no lo cogían, y su bebida habitual era el κόρυμα (1) ó cerveza que los numantinos llamaban *coeria*. Lo que más hace á nuestro propósito es el que tuvo para indagar cómo se explotaba y exportaba el estaño en España y fuera de ella. Rectificando por experiencia propia el común sentir de los historiadores que le precedieron, advirtió Posidonio (2) que el estaño no se cogía á flor de tierra, sino minándola, ó excavándola; que se encontraba en la región de los bárbaros que vivían por encima ó más al Norte de los lusitanos, y también en las islas Casitérides, los cuales creyó que pertenecían á España; y que de las islas Británicas asimismo el estaño se conducía á Marsella: γεννασθαι δ' ἐν τε τοῖς ὑπὲρ τοὺς Λυσιτανούς βαρβάροις καὶ ἐν ταῖς Κασιτερίσι νήσοις, καὶ ἐκ τῶν Βρετανικῶν δὲ εἰς τὴν Μασσαλίαν κομίζεσθαι. Añade que en especial dentro del territorio de los Artabros, perteneciente á las provincias de la Coruña, Lugo y Oviedo, existían y se beneficiaban abundantes minas de plata, estaño y ganga de oro argentífera.

Según esto, las islas Casitérides, indicadas por la *Iliada* de Homero y por el periplo de Himilcón podrían también comprender las del ángulo Noroeste de la Península ibérica, y no únicamente la Irlanda y la Gran Bretaña; pero al menos parece constar que la riqueza mineral de Galicia y Asturias hubo de atraer desde el siglo IV antes de J. C. el comercio marítimo de la focense Marsella y de sus colonias ibéricas. De aquí nació la fábula de atribuir á los héroes griegos de la guerra de Troya la fundación de Tuy sobre el Miño y la de Opsicella en la costa de la provincia de Santander.

No seré yo quien crea que el estudio literario de la Céltica debe concretarse á los escritores antiguos que hablaron de ella. Bien está que se depuren, analicen y esclarezcan con el talento ingente y discretísimo que ha desplegado M. D'Arbois de Joubainville. Pero aun así, muchos problemas quedan en pie, profunda obscuridad é intrincada confusión permanece reclamando.

(1) Κόρυμα de Marcelo de Burdeos, irlandés *cuirn*.

(2) Estrabón, III, 2, 9.

el fuerte brazo y la brillante antorcha de la Arqueología. Bien lo demuestran las inscripciones griegas é ibéricas de Asturias, halladas en el país minero de los antiguos Artabros, indicado por Posidonio, que han sido publicadas en facsímile y descifradas por Hübner. No estará por demás que recuerde aquí la conclusión que de su examen infirió tan sabio maestro (1).

«Parece, pues, que á la corriente de civilización fenicia, procedente del Sur, se juntó, en época tal vez poco más reciente, otra originaria del Este, nacida en uno ó más centros de la importada por los griegos de Marsella á los estribos del Pirineo, y singularmente á su indubitable colonia Emporitana. El gran número de monedas griegas é ibéricas emitidas por la ceca de Ampurias (*Mon. ling. Iber. nummi*, núm. 5), donde se ven, además de la numerosa serie griega é ibérica, más de 60 tipos diferentes con inscripción microscópica en alfabeto ibérico, es prueba más que suficiente de la influencia muy extensa de su comercio en todo el Nordeste y Norte de la Península. Estas relaciones podían adivinarse hasta cierto punto, pero buena diferencia va de verlas probadas con testimonios irrefragables. Bien es verdad que debemos confesar nuestra ignorancia acerca del sentido cabal de todas estas inscripciones; pero su existencia, aunque otra cosa no se probara, es un hecho de primer orden.»

Madrid, 30 de Marzo de 1902.

FIDEL FITA.

VI.

NUEVAS INSCRIPCIONES ROMANAS DE EXTREMADURA.

Mérida.

1) Ara de mármol blanco de 0,16 m. de altura por 0,10 m. de ancho y otro tanto de grueso. Letras altas de 0,01 m.

(1) BOLETÍN, tomo xxx, páginas 241 y 245.